

La Lira de Oro, al maestro Manolo Serrano

UNA noche de julio último -y estoy buscando un mero ejemplo, porque lo que vaya contar ocurre en Villafranca por menos de nada-, nuestro pueblo tenía categoría de capital musical por todo lo alto. A veces, está uno aquí y es como si estuviera en Viena, en Salzburgo o en Bayreuth. Palabra. Aquella noche había concierto en la iglesia de San Francisco. Era la Orquesta Catalana de Cámara, dirigida por Gonzalo Comellas. Una orquesta depurada, para un programa exquisito, o sea -en principio- minoritario. Pero en Villafranca, minoritario, no. El ilustre templo gótico estaba lleno de un público atento, enterado. O por lo menos, intuitivo. En muchos sitios con aires de gran ciudad, tan pronto los intérpretes se toman un respiro, el público se lanza al palmoteo. En Villafranca del Bierzo se escucha «la Séptima» -por ejemplo: su introducción, su allegretto, su scherzo, y, naturalmente, sólo cuando ha finalizado el, allegro con brío se entiende la conveniencia de pronunciarse el auditorio. Con entusiasmo. O sólo con cortesía. Depende.

La noche en cuestión, después del concierto, tuve el privilegio de cenar en La Charola con el director y componentes de la notable agrupación barcelonesa. Todo giraba en torno a Cristóbal Halffter, pues el concierto se le había dedicado como homenaje. Desde una esquina tímida, yo alcanzaba flecos, comentarios musicales, lo propio de una reunión donde está un joven e innovador compositor y con él unas cuantas figuras señeras de la interpretación en España. No les entendía del todo, no acertaba a seguirles, desde mi escaso conocimiento de la materia. Pero aun así, tenía conciencia de la importancia y del alto talante de la conversación.

Entonces, con absoluta naturalidad, llegaron ellos. Unos cuantos villafranquinos -el cartero, el pescador de truchas, el de la imprenta-, cada cual con su instrumento debajo del brazo. Venían -dijeron- a saludar, incluso a agasajar con unas piezas a sus colegas, a los compañeros de Barcelona.

Estas cuartillas que escribo de prisa, podrán estar llenas de torpezas. Pero hay una en la que no voy a caer: la de rebajar el término de colegas, de compañeros, poniéndolo entre comillas. Al contrario. Lo que pido es que se subraye. Los virtuosos de Barcelona -especialistas, profesionales, con medios idóneos a su alcance y los autodidactas de Villafranca -que no vieron en su vida un conservatorio-, eran sencillamente, igualadoramente, músicos. Se entendieron todos al momento, y la

noche terminó de una manera gloriosa, aunque no excepcional para lo que aquí se estila...

El pescador fluvial -para quien, en definitiva, escribe estas líneas afectuosas un ferretero- se llama, en el registro civil; Manuel Fernández Fernández. Más propiamente, Manolo Serrano. O sea el maestro Serrano. Lleva cuarenta años dándole a la música de cuerda, lo cual ya le valdría el elogio. Pero es que ese mismo tiempo, ¡casi medio siglo!, lo lleva también en la tarea desinteresada de enseñar el bordoneo de la guitarra o el arco del violín o el pulso y púa de la bandurria a generaciones de rondallistas. Y hay que verlo dirigir, ecuánime, preciso, el repertorio selecto a sus muchachos. Desde nuestras esencias populares, al inevitable Sitio de Zaragoza...

Había que pagárselo. ¡Pues buena es Villafranca, donde no se olvida nunca a los hijos! La Agrupación Artístico-Musical Villafranquina, que infatigablemente preside Claudio Otero, tiene creada una noble condecoración para quienes ya la están mereciendo y sin duda la recibirán en su día. Y a Manolo Serrano, le va a llegar esta misma semana, con la máxima categoría de Lira de Oro. Creo que se la va a imponer, el pescador del Burbia, el confitero: Víctor López Figueroa, el más viejo -¡pero, sólo en años!- de los rondallistas villafranquinos. Un acontecimiento.

Toñín (PEREIRA)